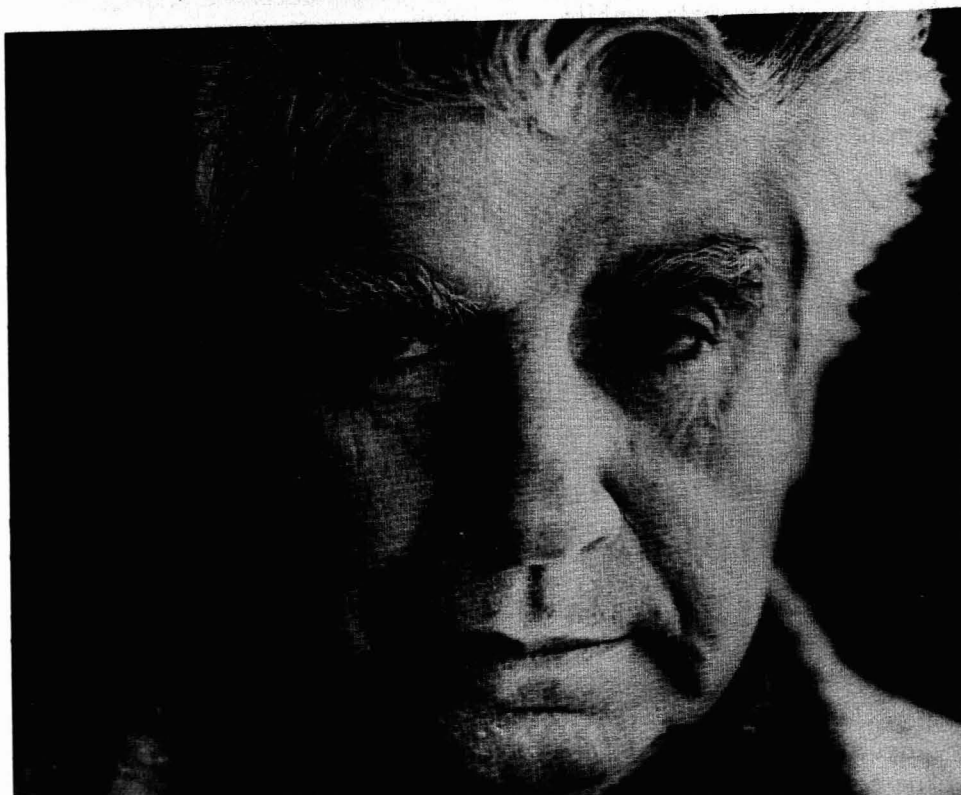


LEOPOLDO ZEA

Travesía en busca de la razón americana

Por Edgar Montiel*

Cuando el joven y espigado Leopoldo Zea entregó emocionado su primer trabajo a la revista Letras de México, nunca pensó que así iniciaba un largo viaje a las entrañas ignoradas de la razón americana. Ya desde ese breve ensayo, el joven Zea exponía los temas que serían la obsesión de toda su vida: contribuir a la fundación de una filosofía de la circunstancia americana. Decía el estudiante de filosofía que "Europa, ante la falta de tarea constructiva, se ha propuesto una tarea destructiva; lo que construyó en milenios lo está destruyendo en horas. Frente a esta actitud ha reaccionado América. Hasta ayer —pesa decirlo— había vivido de creencias ajenas, de suelos prestados; creía en ciertas ideas porque Europa creía en ellas y no le venía mal: si cambiaban cambiaba, presentándose así el espectáculo de los ismos criollos. Pero ahora América se ha quedado sin quien le fabrique sus creencias, ahora debe hacerlas y creer verdaderamente en ellas. Es una tarea vital para América, así lo ha comprendido y empezado empeñosamente su labor. Una de estas labores —la más importante— es la de expresar en logos, en razones, en palabras, nuestra circunstancia. De aquí que se hable de una Filosofía Americana..." Desde entonces ha pasado ya cerca de medio siglo, pero el todavía espigado Zea sigue instalado en esa travesía por las raíces de América, para revelarnos a los hombres de hoy el sentido de nuestra historia y así poder asumir América como nuestra conciencia.



Nueva, de cuyo comité de redacción formaba parte. En 1942 comencé a escribir en Cuadernos Americanos.

E.M. Lo que advertí en sus trabajos iniciales es que eran más bien lecturas suyas sobre filosofía, con una cuidadosa formulación literaria...

L.Z. Es que yo empecé con la literatura; yo me inscribí en Filosofía y Letras para seguir la carrera de Letras y ahí tomé cursos interesantes. Me tocó seguir Literatura Española con Rubén Salazar Mallén. Me acuerdo que primero tomé un curso con él sobre Valle Inclán y entonces le hice un trabajo que le gustó mucho y preguntó quién era Leopoldo Zea, y comentó que era un trabajo muy interesante; luego seguí un segundo curso, creo que sobre Pío Baroja, luego

hubo un tercer curso sobre Ortega y Gasset. El de Ortega y Gasset me interesó mucho y entonces ví que lo daba Samuel Ramos y acabé inscribiéndome en los dos, entonces empecé a agarrar la línea de la Filosofía, pero a partir de la literatura.

E.M. El primer trabajo suyo en Cuadernos Americanos es un comentario del libro de Samuel Ramos.

L.Z. Sí, es sobre *El Perfil del Hombre y la Cultura en México*. Lo valoré, porque entonces fue muy atacado. Es cuando empezó a interesarme la filosofía de manera sistemática, pues allí yo hablaba de la posibilidad de una Filosofía Americana.

E.M. ¿Su primer trabajo apareció en Letras de México en 1941?

L.Z. Sí, en Letras de México. También colaboraba en El Hijo Pródigo y Tierra

* Doctor en filosofía por la Sorbona. Ha trabajado como investigador en el área de Ciencias Sociales de la UNESCO y actualmente forma parte del equipo de estudios de Filosofía Latinoamericana del CCYDEL, UNAM.

E.M. ¿Y dejó la literatura?

L.Z. No la dejé, es que cuando yo inicié la preparatoria los cursos de filosofía eran espantosos, no se me ocurrió nunca dedicarme a la filosofía, pero cuando entré a la Facultad, a través de la relación, a través del interés que despertó en mí el curso de Salazar Mallén, fue que llegué a Ortega y Gasset y me interesó tanto el filósofo español que me inscribí con Ramos y desde entonces me enfoqué en la filosofía.

E.M. ¿O su interés sería también porque usted estaba en un grupo literario?

L.Z. No estaba en ningún grupo. Yo entré en 36 a la Facultad, después empezaron a llegarme las relaciones, pero entonces no había publicado nada.

E.M. Porque en el comité de redacción de ambas revistas la mayor parte eran literatos...

L.Z. Sí, pero no tiene que ver nada, lo hacía solitario. La primera revista que hicimos ya juntos fue *Tierra Nueva*, que aparece en el año 40, allí empezaron a formar el grupo. Son cuatro, no de mi generación porque siempre he estado fuera del grupo. Está José Luis Martínez, Jorge González Durán, Ali Chumacero, éramos los cuatro responsables. Es la primera revista que hicimos como grupo de *Tierra Nueva*, de ahí pasamos a *Letras de México* y después al *Hijo Pródigo*.

En sus *Confesiones Profesionales*, José Gaos cuenta que en su primer año de maestro, en 1939, "empecé a proponer a aquellos de los asistentes a mis cursos que buenamente quisieran hacerlos, trabajos escritos que, después de leerlos privadamente, criticaba en clase —lo que no quiere decir, para mí, que me limitase a hacerlos objeto de una crítica negativa. Entre los trabajos que se me fueron entregando, ya desde el primer grupo me llamaron singularmente la atención los de un firmante, Leopoldo Zea A., del que ni siquiera sabía cuál de los asistentes a los cursos era. Por ello pedí en una clase que se destacara entre los presentes, y desde aquel momento me dediqué a observarlo— y a notar que tenía como un aire persistente de fatiga, de sueño".

¿¿Somnoliente Zea, el joven vigoroso!? Sí, confiesa, "pues dormía un día sí y un día no, porque estudiaba además *Derecho* y trabajaba

Gaos, preocupado, dijo que no podía dejar a una persona durmiendo un día sí y uno no



Con Agustín Yañez, 1964

en el *Telégrafo Nacional*". ¿No le impediría esto adentrarse en las zonas inexploradas de la historia de las ideas? Con una beca quita-sueños, Gaos le ayudó a dedicar toda su atención a la ciencia de los ojos abiertos: la filosofía.

E.M. En el 38 llega José Gaos a México.

L.Z. Yo estaba interesado en Ortega y matriculado en Filosofía. Cuando Gaos comenzó a impartir su curso me inscribí con él, recuerdo que entonces empezó a pedir trabajos; hice un primer trabajo sobre Heráclito, todavía no me conocía, entonces preguntó quién era Leopoldo Zea A. Dijo que había leído mi trabajo y preguntó si había estado en Madrid, dije que no, "porque usted —dijo— tiene toda la escuela de Madrid y eso que usted hace didáctico lo que Ortega ha dado personalmente, nunca lo ha escrito, ha sido Xavier Zubiri quien lo

dio a conocer luego. Entonces, ¿usted cómo la conoció?" —preguntó—. "No la conocí —respondí— he llegado por otra vía". Esto le llamó mucho la atención y desde entonces se interesó en mis trabajos.

E.M. Entonces con Gaos inicia el 38 su itinerario filosófico...

L.Z. Después entré al Colegio de México, entonces Casa de España, a propuesta de él, eso es en el 40. En las *Confesiones Profesionales* de Gaos viene todo eso. Habla conmigo y le digo que trabajo de noche y estudio de día, estudio *Derecho* y *Filosofía* "¿Y cuándo duerme?" —preguntó—. "Un día sí y otro no", respondí.

E.M. ¿Y en qué se ganaba la vida en ese tiempo?

L.Z. En *Telégrafos*. Gaos preocupado dijo que no podía dejar a una persona así, cómo podía vivir durmiendo un día sí y un día no. Habló con Alfonso Reyes, me llamaron y luego Reyes me preguntó cuánto ganaba, ganaba entonces \$120.00 y me ofreció \$150.00, pero me ponían como condición que dejara el trabajo y dejara *Derecho*; me dijeron que lo pensara, pero acepté inmediatamente.

E.M. ¿Cómo llega al tema de la filosofía latinoamericana?

L.Z. Viene por el estudio del pensamiento mexicano. Cuando tuve que hacer la tesis, Gaos me dijo: "¿Por qué no piensa usted una cosa de México y América Latina?... que por mala que sea usted podrá aportar algo; ¿por qué no toma usted el tema del positivismo?" Me argumentó que se trataba de interpretar la historia de las ideas, incluso con la ventaja de tener la realidad en torno a las mismas. Entonces la etapa latinoamericana viene después como ampliación de la etapa mexicana. Cuando me recibí, que fue en el 43 ó 44, durante la maestría escribí el primer tomo del positivismo, el segundo tomo fue en el doctorado, después entré al Colegio de México como investigador becado.

E.M. ¿Cómo se realizó ese viaje suyo por el continente, que fue tan decisivo para su visión latinoamericanista?

L.Z. Recuerdo que ese año visitó México un funcionario de la Fundación Rockefeller, creo que era William Berrien, justo cuando escribí un artículo, que está en *Cuadernos Americanos*, sobre las relaciones conflictivas entre las dos Américas; entonces me llamó Daniel Cosío Villegas, que me estaba gestionando una beca, y me reprendió, que cómo había hecho semejante cosa, atacar a los Estados Unidos en un momento inoportuno, que cómo se me había ocurrido compararlos con América Latina. Cosío Villegas estaba furioso, entonces dijo que Berrien quería hablar conmigo, y a ver cómo me iba. Berrien me dijo que había leído mi artículo y que le parecía interesante, me preguntó si conocía Estados Unidos porque yo sostenía que por su falta de tradición humanista su país era "cuenta y medida" y que América Latina era "interpretación". Como le dije que no, me anunció que me iban a dar una beca para que visitara las bibliotecas norteamericanas, "y cuando usted haya terminado" —dijo—, "lo espero en Harvard y ahí hablaremos y me dirá si sigue sosteniendo sus puntos de vista o los ha cambiado". Ávido me fui a todas las bibliotecas, la primera fue la del Congreso, y ví todo el material sobre América Latina, estuve tres meses revisando todo eso y logré reunir casi todo el material que necesitaba; después fui a la biblioteca de Nueva York, después me invitaron a la Universidad de Yale, también a Chicago y después, como habíamos quedado, fui a Harvard y hablé con Berrien, quien por supuesto me preguntó si seguía pensando que Estados Unidos era inauténtico, "cuenta y medida" de Europa. Le respondí que sí y le expliqué por qué: por ejemplo, las instalaciones de la Universidad de Yale son una imitación del gótico inglés y de otras universidades inglesas, y así en muchos órdenes Estados Unidos sigue los paradigmas europeos. Acordamos que para completar mis estudios, iría después a América Latina, en primer lugar a la Argentina...

E.M. ¿Cómo se introdujo en los medios intelectuales sudamericanos?

L.Z. Fue Francisco Romero quien me puso en contacto con todo el mundo en Argentina, de ahí fui al Uruguay y encontré a Arturo Ardao, después al

Brasil, luego regresé a México y volví a partir para Chile, donde renové la beca: estuve en Chile como mes y medio buscando todo el material posible; después de Chile me fui al Perú, donde hablé largamente con Francisco Miró Quesada, allí hicimos contacto con mucha gente peruana.

E.M. ¿En esa ocasión conoció a Augusto Salazar Bondy?

L.Z. A Salazar Bondy lo conocí muchos años después, me lo presentó Miró Quesada, como un estudiante que



Con José María Mújica, 1944.

deseaba venir a México. Así fué, en el Colegio de México hizo cursos con Gaos y conmigo.

E.M. ¿En Perú se interesó por la ideología aprista?

L.Z. Sí, pero por un incidente que pasó me hice anti-aprista... ocurre que un grupo de búfalos, un grupo de choque del Apra, irrumpió mientras estaba en una comida con Walter Peñaloza y empezaron a golpear a diestra y siniestra, esto fue en un restaurante y me pareció inadmisible como método para dirimir desacuerdos políticos.

E.M. ¿Tuvo relación entonces con Haya de la Torre?

L.Z. No, la relación fue posterior. Cuando Haya de la Torre salió de su exilio en la Embajada de Colombia, en 1953, habló de que había escrito 4 libros en la Embajada, y uno era "anti-Zea";

leyó mis trabajos y no estaba de acuerdo, pero cuando nos encontramos en México aclaramos muchas cosas, de los 4 publicó solamente 3, por eso nunca leí lo que escribió en mi contra.

En ese viaje conocí a todo el grupo, con quienes después seguí una estrecha colaboración. Sobre esto se publicó un número de *Latinoamérica*, ahí relata cada uno cómo fui una especie de todos ellos y cómo los estudios de América Latina han crecido mucho desde entonces. Después me invitó Silvio Zavala al Instituto Panamericano de Geografía e Historia, para dirigir el

Comité de Historia de las Ideas, entonces pude hacer esa colección sobre *Historia de las Ideas en el Siglo XX*. En el Fondo de Cultura hay una serie de libros sobre la filosofía contemporánea en el Uruguay, en Brasil, Perú, etc., no son colectivos sino individuales. Conocí a estos intelectuales y siempre los mantuve cercanos, cuando había una ocasión de participación los invitaba a colaborar en libros o reuniones, como lo hago hasta la fecha.

¿No era un signo de arrogancia o ingenuidad pretender en esos años edificar una filosofía latinoamericana? Samuel Ramos y Antonio Caso ya habían publicado estudios de filosofía, con una perspectiva que tenía en cuenta la circunstancia local, pero ¿no era riesgoso aventurarse en una tierra movediza, que no tenía estatuto académico?

Darle a lo americano derecho de ciudad en esa Filosofía, con F mayúscula, constituía el

gran desafío. Para pertrecharse de argumentos, Zea visita las bibliotecas norteamericanas, recorre incansablemente, cual peregrino de una nueva religión, las ciudades de América del Sur —del Cuzco a Buenos Aires—, recoge documentos, discute con sus nuevos amigos —a quienes volverá adeptos de su causa— y con ellos anuda amistad y conceptos, de donde emergerá con los años ese movimiento de ideas que ahora se conoce como filosofía latinoamericana.

Filosofía que comenzó siendo una historia de las ideas, de donde salió una filosofía de nuestra historia, que permitió entonces formular desde América una nueva lectura de la filosofía de la historia universal, la que finalmente nos abre las puertas para ejercer una filosofía sin más, aquella que puede crear sus propios filosofemas como la filosofía de todos los tiempos.

Posiblemente estemos accediendo a este último piso de la reflexión, y dependerá de la capacidad de vuelo de los filósofos —en altura y hondura— que podamos instalarnos en los más altos niveles de la especulación creadora: entonces la subversión creadora se habrá consumado.

E.M. ¿Cómo se fue gestando ese movimiento de hombres e ideas, que ahora se conoce como filosofía latinoamericana?

L.Z. El proceso se inició con la visita mía y luego en la elaboración de los volúmenes de historia de las ideas de sus respectivos países. Cuando yo tenía oportunidad los invitaba a México, como lo hicimos en el III Congreso Interamericano de Filosofía, cuando vino Ardao, Miró Quesada y Cruz Costa, esto fue en el 50. Así, los primeros temas sobre Filosofía Latinoamericana se fueron elaborando y todo eso permitió crear una temática que estaba completamente dispersa y sin divulgar. Luego sus miembros iban aumentando, uno de los últimos, por ejemplo, fue Darcy Ribeiro, a quien conocí cuando estaba en Difusión Cultural de la UNAM, y así se han incorporado otros más.

E.M. Si con fines pedagógicos uno tratara de sistematizar su evolución teórica, sin olvidar ese trabajo de activista y organizador de un movimiento filosófico, ¿en qué etapas se puede organizar su itinerario intelectual?



En Perú

L.Z. La primer etapa fue la mexicana, la que obviamente tenía que relacionarse con América Latina; hubo un segundo momento, el viaje motivado por conocer las expresiones del positivismo en el continente, eso ya me dio un conocimiento muy amplio de América Latina y conocí a muchos intelectuales.

E.M. ¿Un tercer momento sería el planteo de una filosofía de la historia latinoamericana, a partir de la historia de sus ideas?

L.Z. Así es, pero ya es posterior, empieza a aparecer en el libro *América en la Historia*. Gaos sostiene que yo estaba haciendo una filosofía de la historia, porque la historia de las ideas latinoamericanas conlleva una interpretación de nuestra historia, es decir, era Filosofía e Historia; obviamente que la historia va a situar a América Latina en el contexto de la

La primera revista que hicimos como grupo fue Tierra Nueva, de ahí pasamos a Letras de México y después al Hijo Pródigo

historia universal, éste sería un cuarto momento.

E.M. De acuerdo, la historia universal vista desde América es un cuarto momento, pero se puede hablar, creo, de un quinto momento, cimero, cuando se tratan temas que si bien es cierto que remiten a una circunstancia o historia americana son ya propios de un ejercicio especulativo análogo a la tradición filosófica europea, como el problema de la identidad, de la cultura latinoamericana, el amor, la felicidad, la muerte, la existencia, vistas desde América.

L.Z. Claro, precisamente por lo que estoy haciendo como ejercicio especulativo es que me están reconociendo los europeos cuando me han concedido los doctorados Honoris Causa; nos reconocen una filosofía que aporta otras perspectivas del mundo.

E.M. Resumiendo un poco, en el primer momento es pensamiento mexicano, el segundo momento es historia de las ideas latinoamericanas, de esa historia sale una filosofía de la historia americana, que sería el tercer momento, el cuarto es una filosofía de la historia universal, vista desde América, y el quinto, cumbre, es una Filosofía sin adjetivos, como un ejercicio especulativo de alto nivel, salido de las entrañas de América.

L.Z. Al adentrarme en la filosofía de la historia llegué a situar a América Latina en el contexto de la historia no solamente del continente, sino del universo; al efectuar este proceso la

primer relación, obviamente, la establecí con la historia del Tercer Mundo, del que formamos parte.

E.M. Ese proceso corresponde a los años sesenta y setenta cuando su discurso adquiere un singular tono militante...

L.Z. Lo que ocurre es que cuando entré a Relaciones Exteriores, en el gobierno de López Mateos, yo fui el fundador de la Dirección General de Relaciones Culturales en la Cancillería, en el año 61. El presidente me envió en misión al África, en una visita protocolaria de amistad, de buenas relaciones, que duró 2 meses; luego visité varios países asiáticos como Japón, Indonesia, Hong Kong, también conocí Formosa, la India, que completó mi visión de los países árabes; entonces pude tener una visión de conjunto del Tercer Mundo. Cuando hice la visita al África pasamos por el Cairo y visité a Nasser, al terminar regresé por Medio Oriente, pasé por Jordania y allí me enseñaron un campo de palestinos, fue en el año de 62 y ví una serie de cosas que me interesaron mucho y me enteré de todos los movimientos anticoloniales. Ví cómo niños, adolescentes y jóvenes luchaban contra el colonialismo. Eso me impresionó.

E.M. Será por eso que sus trabajos de ese periodo tienen un cariz anticolonial, algo de "compromiso" sartreano. ¿Es cuando se reencontró con sus discípulos del grupo Hiperión?

L.Z. Lo de Hiperión tiene una historia más antigua. En el año 50, cuando hicimos el Congreso Interamericano de Filosofía, me ayudaron Villoro, Uranga, Guerra, Sánchez MacGregor, Nevares, Fausto Vega. Cuando en el año del 46 regresé a México volví a mi cátedra de Historia que me había dejado el maestro Caso, y ahí me encontré de estudiante a Emilio Uranga, que era muy destacado. Hablando de mis viajes por Latinoamérica y de mis experiencias empezaron a preguntar, a interesarse, claro que ellos leían mucho a Sartre y a Heidegger, haciendo un análisis de la realidad y del ser del mexicano a través del existencialismo, pero es cuando empezamos a seguir una serie de cursos con una perspectiva latinoamericana. Esto también lo

cuenta Gaos en su libro *Confesiones Profesionales*, cuando se refiere a la filosofía mexicana.

E.M. Es cuando sale de ese grupo lo que se llamó la filosofía de lo mexicano.

L.Z. Esa fue la base, pero no tuvieron una trayectoria latinoamericanista. La filosofía de América no interesó a ninguno, es más, creo que todos terminaron renegando del estudio del mexicano. Villoro, por ejemplo, originalmente tuvo trabajos sobre



Con Nasser

filosofía mexicana, después vendría la filosofía universal. A mí me consideraron como una etapa de sarampión de lo mexicano. Hoy es distinto. En un trabajo de hace algunos años Villoro predecía que para los años ochenta iba a acabar la filosofía latinoamericana, que iba a haber una filosofía universal, técnica, más profesional. Veo que esta profecía no se ha cumplido, sino que al contrario, el ejercicio latinoamericanista se ha reforzado.

E.M. En sus primeros trabajos casi no hay una referencia explícita al marxismo...

L.Z. No estudié especialmente marxismo, me guié por otra vía a través de Hegel; la teoría marxista la conozco por Hegel; Sartre viene posteriormente.

E.M. Y más recientemente la escuela de Frankfurt y la Teoría Crítica.

L.Z. Con la escuela de Frankfurt resulta algo curioso: yo siempre concebí la filosofía como ejercicio crítico, por eso creo que estas escuelas coinciden con lo que yo quiero y lo que pienso, y claro, por eso las asimilo.

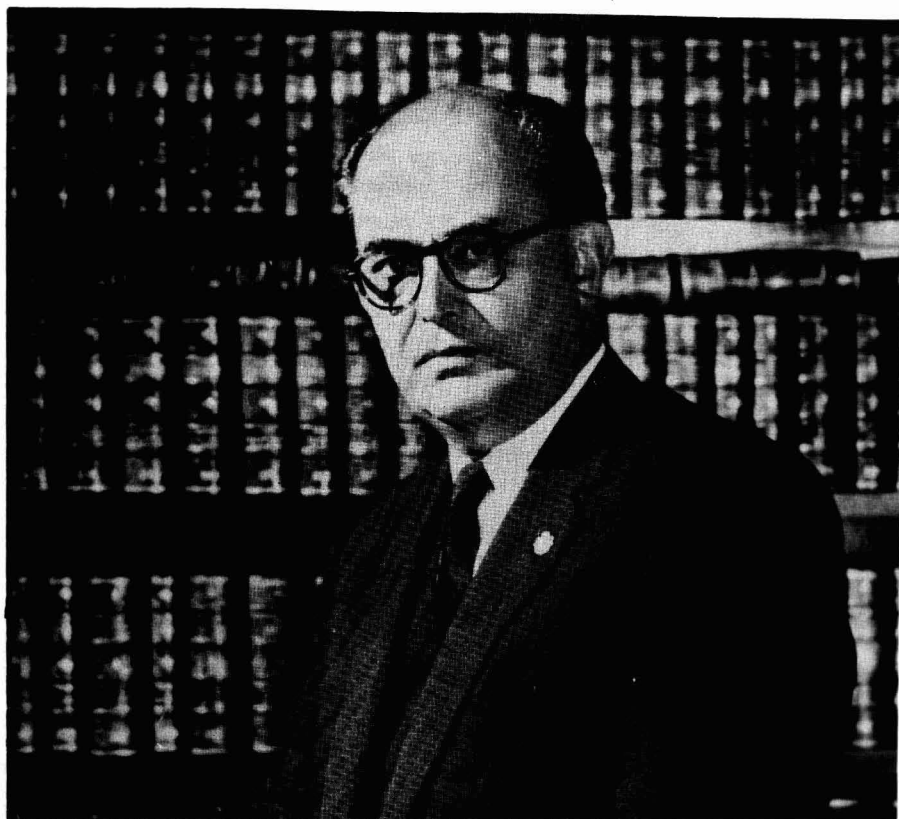
¿Cayó el filósofo en las tentaciones del poder político? Zea se cuida de explicar que, aunque tuvo nombramientos políticos, sus actividades eran de investigación, de difusión cultural. A los 73 años Leopoldo Zea mantiene un intenso ritmo de actividad: preside la Sociedad Interamericana de Filosofía, dirige el Centro Coordinador y Difusor de Estudios

Latinoamericanos de la UNAM, integra la Comisión Nacional de UNESCO, viaja a congresos y coloquios, recibe distinciones académicas, revisa las galeras de su último libro Escritos desde la marginalidad y la barbarie que aparecerá en España, dirige reuniones, y discute con sus colaboradores.

E.M. ¿Y su actitud ante la participación política?

L.Z. Nunca he estado en política, no es una actividad que me interese, mis trabajos son de crítica a toda la política mexicana y eso es lo que destacó. Fijese que me ofrecieron dos veces el puesto de diputado y dos veces dije no. Reyes Heróles cuando era presidente del PRI dijo que sólo conocía a un mexicano que había dicho 2 veces no a la diputación.

E.M. Pero usted llegó a convertirse en ideólogo del PRI...



Ignacio Chávez

L.Z. Yo fui más bien el primer director del IEPES, cuando lo estructuró López Mateos en el año del 64. A López Mateos lo conocí cuando estaba trabajando con el Secretario General del PRI del D. F., donde estábamos haciendo una colección sobre *México y el mexicano*, es cuando me invitó a colaborar con él y me pidió que le hiciera 2 ó 3 cuartillas para su discurso al aceptar su candidatura. La candidatura a diputado me la ofreció González Guevara y no la acepté, entonces me prometieron el IEPES y no me resultó, porque lo primero que se me ocurrió, junto con González Guevara, fue hacer una revisión del partido para interesar a gente nueva y hacer una serie de conferencias, que se invitara a los intelectuales del país para que dijese por qué no estaban en el PRI y qué opinaban; mucha gente aceptó, lo abrimos dentro del IEPES, pero después me mandó llamar un funcionario del partido, llamó a mi segundo del IEPES y le pidió que las suspendiera, y éste fue mi primer fracaso; ahí estaba trabajando conmigo Abelardo Villegas. La segunda parte fue cuando se preparaba una reunión del partido, una asamblea general: nos encargaron preparar una serie de temas y propusimos el tema de la nacionalización de la electricidad, pero asustados lo suspendieron. Fue un error

porque al poco tiempo el Presidente nacionalizaba la electricidad.

E.M. ¿Y ahí acabó su incursión en política?

L.Z. No, luego me llamó López Mateos y me preguntó: ¿si usted se encargase de la relación cultural internacional de México, qué haría? Primero atendería a Centroamérica, después a toda América Latina, buscaría la unidad, después estudiaría qué relación guarda ésta con Estados Unidos y después con Europa. Entonces me pidió que organizara la Dirección General de Relaciones Culturales, fue cuando entré a la cancillería. Cuando estuve en Africa un día me llegó un telegrama de Corona Del Rosal, pidiéndome que aceptase ser diputado, le dije que yo prefería lo que estaba haciendo, dijo que era compatible con lo que estaba haciendo, contesté que era incompatible con la Constitución. No acepté. Los puestos que he tenido siempre han sido de investigación, de difusión cultural, de relaciones culturales. Sé que todos los funcionarios del IEPES han sido ministros, mi sucesor fue Ministro de Economía. No he aceptado nada que no sea de mi competencia; el último ofrecimiento, político o no, lo tuve un poco al término del gobierno de Echeverría, pues García Robles, Secretario de Relaciones Exteriores, me

ofreció la Embajada en las Naciones Unidas, y respondí que no podía aceptarla, porque ahí debía estar un técnico que supiera de esto, y yo no soy técnico. Cuando estaba en Relaciones Culturales de la Cancillería fue cuando me invitó el Dr. Ignacio Chávez para regresar a la Facultad de Filosofía, acepté y me salí de Relaciones Exteriores y acabé dirigiendo la Facultad.

E.M. ¿Es esa una postura que como filósofo recomendaría a los intelectuales, para guardar su independencia, su libertad de juicio?

L.Z. Yo no recomendaría nada, ése ha sido mi punto de vista, creo que como intelectuales hay que saber tomar distancias ante el poder. Para mí fue algo importante regresar a la Universidad. Mi participación política ha sido de carácter intelectual.

E.M. En *Novedades* últimamente escribió unas notas sobre la revolución, ¿murió o no murió?

L.Z. La revolución no puede morir, depende cómo se la enfoque, la revolución muere cuando cumple una función. Lo que pasa es que el PRI ya no es más un instrumento de participación interna. Hay una oligarquía, ya no hay participación, ha perdido su función; cuando se creó fue un instrumento de participación; ahí están los sectores, no discuten todos, sino una minoría que es considerada como portavoz de una gran mayoría: mayoría obrera, mayoría campesina, mayoría clase media; pero esa relación se ha perdido, es un grupo de poder que, obviamente, al no tener contacto con la masa que se supone representa, va a actuar arbitrariamente. La revolución ha entrado en un callejón sin salida, se ha convertido en una oligarquía política que toma decisiones, una oligarquía que manipula, que considera lo que es bueno o lo que es malo.

E.M. ¿Cómo ve la evolución de esta situación?

L.Z. No evoluciona, hubo un gran momento, el del terremoto, que pudo haberse usado y no se usó. Creo que esta situación debiera corregirse, llamando a la participación y demostrando que el país puede participar. ♦